

LA PASTORAL VOCACIONAL, UNA PASTORAL DE VANGUARDIA

Entrevista a Amedeo Cencini

Instituto Vocacional "Maestro Ávila"

Amedeo Cencini es religioso canosiano, sacerdote desde 1971, nacido en Senigallia (Italia) en 1948. Realizó estudios de Pedagogía, Psicología y Psicoterapia. Actualmente es formador de los miembros de su instituto, profesor en la Universidad Pontificia Salesiana de Roma y en el Centro de Estudios Teológico de Verona. Su experiencia en el campo formativo y sus publicaciones¹ han hecho de él un autor de reconocido prestigio en el campo de la pastoral vocacional y de la formación de las vocaciones.

En noviembre del pasado año, venía por primera vez a España, invitado por el Secretariado de Vocaciones de Confer, para participar en las Jornadas Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional. Aprovechando esta circunstancia, pudimos charlar con él y realizarle una entrevista. En ella nos fue hablando de la situación actual de la pastoral vocacional, de cómo se sitúan los jóvenes ante la opción vocacional, de la necesidad de renovación de la vida religiosa y del sacerdocio, de las posibilidades y límites de las actuales estructuras de formación, de la validez de la opción por una vida célibe hoy y de la importancia de establecer itinerarios educativos que formen para vivir el celibato.

El contenido de esa entrevista es lo que presentamos a continuación a los lectores de nuestra revista.

IVMA: Uno de sus libros lleva por título "Vocaciones de la nostalgia a la profecía". ¿Cómo ve el panorama actual de la pastoral vocacional? ¿más orientada hacia la nostalgia o hacia la profecía?

¹ Entre otras: *Vocaciones: de la nostalgia a la profecía*, Ed. Atenas, 1991; *Amarás al Señor tu Dios. Psicología del encuentro con Dios*, Ed. Atenas, 1994; *Vida consagrada. Itinerario formativo*, Ed. San Pablo, 1994; *Psicología e formazione. Strutture e dinamismi*, Ed. Dehoniane, Bologna, 1985; *Vivere riconciliati. Aspetti psicologici*, Ed. Dehoniane, Bologna, 1986; *Per amore. Libertà e maturità affettiva nel celibato consacrato*, Ed. Dehoniane, Bologna, 1994.

CENCINI: Antes que nada creo que es necesario tener en cuenta la situación actual de la juventud, pues según sean los jóvenes a los que nos dirigimos, estableceremos un tipo u otro de animación vocacional. Al menos éste es un elemento que habría que considerar. Otro sería la actitud que adoptamos nosotros como institución, como Iglesia, que hace la propuesta vocacional. Por lo tanto, para responder a esta pregunta es necesario atender a dos variables: por una parte ver cuál es el tipo de propuesta que hace la institución, si va más en el sentido de la nostalgia o de la profecía, pero también ver cómo es la recepción de la propuesta por parte de los jóvenes, pues aunque los jóvenes por definición, por naturaleza, son el futuro de cualquier realidad, no está claro que la actual generación juvenil esté totalmente orientada hacia el futuro, hacia la profecía, hacia la novedad en este campo que nos ocupa.

Mi libro abordaba el tema, quizás, más desde la propuesta. En este sentido creo que lo que decía en él sigue siendo válido, al menos en lo fundamental, es decir, hoy cada vez más, aunque todavía con dificultad, es evidente el paso de una actitud nostálgica a una actitud profética en el campo vocacional. Se ha ido pasando de la preocupación por llenar los noviciados, en una especie de competencia con el pasado, a una preocupación por hacer una auténtica animación vocacional en el sentido de ofrecer un servicio a la generación juvenil actual, para que a través de nuestra propuesta pueda descubrir su propia identidad, su futuro, su vocación. Por parte de las instituciones sigue siendo verdad este cambio de interés y preocupación, que ya era evidente entonces, y que hoy lo es cada vez más. Quizás, por lo que respecta a los jóvenes, la situación también ha cambiado. Por eso es necesario comprender cuál es su situación actual. Pero esta cuestión no aparecía en mi libro, al menos explícitamente.

Estamos ante una generación juvenil que, en ciertos aspectos, es menos capaz de desear y, por lo tanto, de tener grandes ideales o de hacer grandes proyectos para el futuro. No es que quieran restablecer el pasado, pero están en cierto modo menos disponibles que las generaciones anteriores para arriesgar, para soñar. Los jóvenes de hoy sueñan un poco menos. Hay una cierta pérdida del deseo y ha disminuido la calidad de los sueños.

La profecía es la traducción espiritual del deseo como concepto psicológico. La profecía es el coraje de pensar el futuro, pero no sólo desde una perspectiva humana. Hoy el joven hace cálculos, va al psicólogo para que le diga cuál es su C.I., sus cualidades y capacidades y según esto hace su opción de vida. La profecía encuentra aquí un terreno no especialmente fecundo. Puede decirse, entonces, que por parte de la actual generación juvenil el aspecto profético no es algo que esté muy subrayado.

En el último encuentro de la Unión de Superiores Generales de las congregaciones religiosas de Italia, celebrado en Roma, hemos escuchado el testi-

monio de 16 jóvenes, y hemos visto que el aspecto profético en sus testimonios no ha aparecido, o al menos como podría esperarse que lo hubiera hecho. Parece que consideran la profecía más propia de las instituciones que de las personas o, al menos, no lo ven como una exigencia hacia ellos. Por lo tanto, pienso que la animación vocacional hoy debe despertar en los jóvenes esta capacidad de soñar, de arriesgar, de leer la vida desde la categoría profética.

IVMA: *¿No cre que a veces hay una cierta añoranza con relación a los jóvenes (si fueran de otra manera...)?*

CENCINI: Tomar conciencia que ésta es la situación del joven es un elemento importante para poder detectar claramente el aspecto del que posiblemente carece, aquello que le falta. El animador vocacional que subraya con fuerza el aspecto de la profecía no es un animador vocacional que pueda ser tachado de nostálgico, pues la profecía no es algo que pertenezca a la nostalgia de la vocación cristiana, sino más bien a su esencia. Es más, la profecía pertenece a la naturaleza del ser humano, pues incluso desde un punto de vista psicológico el *yo actual* y el *yo ideal* son dos realidades que han de estar separadas, debe haber un espacio entre ellas.

¿Qué quiere decir la profecía en términos psicológicos? Quiere decir la capacidad de pensar el yo ideal no como una fotocopia del yo actual; mi ideal debe ser algo nuevo, algo inédito, incluso algo arriesgado; debemos ayudar al joven a comprender que si piensa su vida simplemente desde la perspectiva de sus capacidades, de lo que ya es capaz de hacer, se está sometiendo a una visión reductiva y ofensiva para su vida. El futuro tiene que pensarse como el “algo más” del presente. Así es posible la profecía, es decir, pensando en algo que amplía la vida, rompe los límites y puede, además, llegar a ser cauce por donde pasa la palabra de Dios y el proyecto que Dios tiene sobre la humanidad y sobre mi propia vida personal. Tener esto en cuenta no es imponer a los jóvenes una categoría del pasado, sino que ayudar a los jóvenes a leer la vida desde la categoría de la profecía quiere decir dar a los jóvenes la posibilidad de vivir una vida digna de sí mismos. Cuando pedimos a los jóvenes menos de lo que pueden dar en ese momento tenemos las premisas para una concepción reductiva de la vida y que no merece la pena ser vivida, sin embargo pedirles el máximo, decirles *no tengáis miedo, pensad la vida con los sueños de Dios, soñad los sueños de Dios*, es abrirles a una perspectiva profética de la propia vida.

IVMA: *Entonces ¿la pastoral vocacional sería profética frente al resto de las pastorales? Como proponía en su libro ¿puede decirse que es “palanca de renovación”?*

CENCINI: Quizás este aspecto todavía no ha sido percibido por la Iglesia, aunque el servicio que presta el animador vocacional sea precioso y muy valorado. Es decir, el concepto de la pastoral vocacional como una pastoral de vanguardia, ya que presta el servicio que más necesita hoy el joven, todavía no está del todo asumido. Dentro de la vida religiosa esto es todavía más significativo, pues el animador vocacional de lo primero que se da cuenta es cómo hoy un cierto modelo de vida religiosa no conecta ya con el joven, no le dice nada. Es él el primero en darse cuenta que un cierto estilo de vida consagrada, y quizá cierta imagen del sacerdocio, no es ya atrayente. Por lo tanto, es el primero que se siente interpelado a presentar la vida religiosa y el sacerdocio en términos nuevos, con un lenguaje diferente, diverso, juvenil, que pueda ser comprendido por los jóvenes y les llegue dentro.

IVMA: *Es posible que esta situación que nos describe tenga algo que ver con los datos que se aportaron en el Congreso Europeo de Delegados Nacionales de Pastoral Juvenil Vocacional, celebrado en Madrid, en junio de 1994:*

- 282 congregaciones femeninas
 - 814 novicias
 - una media de 2'8 novicias por congregación
 - 141 congregaciones con "0" vocaciones
 - 90 congregaciones con "0" religiosas de votos temporales
 - 98 congregaciones masculinas
 - 365 novicios
 - una media de 3'5 novicios por congregación
 - 39 congregaciones con "0" vocaciones
 - 24 congregaciones con "0" religiosos de votos temporales
- ¿Por qué no es hoy atractiva la vida religiosa en los cauces tradicionales?*
¿Percibe si se está caminando hacia un nuevo tipo de vida religiosa?

CENCINI: Estos datos coinciden, además, con las primeras impresiones obtenidas en el encuentro de Superiores Generales de Italia, que llevaba por título "Los jóvenes interpelan la vida religiosa". El testimonio de los jóvenes nos ha situado frente a una realidad un tanto extraña y casi "trágica": los jóvenes desconocen totalmente la vida religiosa o, en todo caso, la identifican con la vida monástica. Parece que la vida religiosa ha perdido su capacidad profética, se ha vuelto gris, indiferente, incapaz de llamar la atención.

¿Por qué no es atractiva?

Creo que en el fondo hay un problema específico relacionado con nuestra capacidad de comunicación, de decírnos a nosotros mismos, de presentarnos ante el mundo. Esta es otra de las provocaciones de la pastoral vocacional.

Es lo que decíamos antes, el animador vocacional es el primero que se da cuenta: “Mirad que el modelo vocacional no dice nada, no es atractivo, ni siquiera es reconocido en su propia identidad, no es significativo”.

Hoy en la cultura de la comunicación, de los mass-media, en la que vivimos corremos el peligro (es paradójico esto) de no ser capaces de comunicarnos, de decirnos a nosotros mismos. En términos bíblicos: no somos capaces de dar razón de nuestra esperanza. Este es un tema preocupante. Debemos tener el coraje de afrontar esta situación, y más cuando el tema del lenguaje, de la comunicación, todavía es considerado en la Iglesia como algo que afecta sólo a los que trabajan en los medios de comunicación social. Sin embargo, el problema del lenguaje es un tema absolutamente espiritual, que afecta muy de cerca a nuestra espiritualidad. ¿Por qué? Porque una auténtica espiritualidad tiene que poder decirse, tiene que llegar a ser comunicación. Si la espiritualidad no se convierte en comunicación no es una auténtica espiritualidad. ¿Qué ocurre? Este es un principio absoluto. Hoy no podemos pensar la vida religiosa para nuestra perfección, como un medio para lograr la santidad; no podemos volver a llamarla estado de perfección. Es preciso comprender que la vida religiosa es un don que Dios hace a la Iglesia y al mundo, no somos nosotros los destinatarios. ¿Qué quiere decir esto? Que el problema de la comunicación no es ya un problema marginal, no es algo que nosotros podamos hacer o no hacer, no es algo facultativo. El problema de la comunicación afecta de cerca a la esencia de la vida consagrada, pues está hecha para ser comunicada al mundo. Esto quiere decir que toda la espiritualidad que tenemos (y la vida religiosa tiene depósitos inmensos de riqueza espiritual, pues ha sido siempre maestra de espiritualidad en la Iglesia), ¿cómo podemos traducirla para los otros? Uno de los testimonios aportados en el encuentro de Superiores Generales era de un joven clérigo norteamericano, que estudia teología en la Gregoriana, y comentaba, con la sinceridad que caracteriza a los norteamericanos, que había preguntado a sus compañeros y decían que *“de la vida religiosa no conocemos nada, pero que tampoco nos interesa mucho saberlo, pues nosotros estamos llamados a trabajar en nuestras diócesis, etc., y vosotros tenéis vuestros trabajos y no vemos que sea tan necesario establecer una relación, ni siquiera que sea tan significativa para nosotros”*. Esta ha sido una respuesta para nosotros terrible, casi absurda, pero real. ¿Qué sabe, incluso, la Iglesia de nuestra espiritualidad, qué sabe de nuestros carismas? Nos lamentamos de los obispos que nos usan para tapan agujeros en las parroquias, pero primero hay que preguntarse ¿qué hemos hecho nosotros para dar a conocer y ayudar a comprender la riqueza de nuestra espiritualidad?, y esto es una negación de nuestra vida.

Por lo tanto, para hacer atrayente la vida religiosa es necesario tomarse en serio este problema. Para ser operativos, es urgente traducir en lenguaje secular (pues hoy vivimos en una realidad dominada por el secularismo) la riqueza de nuestra espiritualidad, teniendo en cuenta que el lenguaje religioso está asumiendo el status de una lengua muerta, al menos en las sociedades del hemisferio noroccidental. Es decir, el lenguaje religioso, no sirve ya, no dice nada a los jóvenes. Esta es una de las razones del mutuo distanciamiento. Por tanto, para hacerla atrayente debemos hacerla hablar. Hoy la vida religiosa no habla porque utiliza una sintaxis, un vocabulario, una gramática obsoleta, antigua. Es como si habláramos en latín.

IVMA: Esta es la situación mirando a las instituciones, pero si miramos de nuevo a los jóvenes ¿qué sucede en el joven de hoy que le hace difícil no ya la decisión vocacional última, sino incluso abrirse a un planteamiento vocacional de la propia vida?

CENCINI: El problema está en que en la identidad del joven de hoy falta el sentido del misterio. Es decir, básicamente el joven considera su vida y su futuro desde otra lógica, la lógica de *"Yo hago lo que soy capaz de hacer, lo que según el mercado me garantiza un futuro seguro, y en el plano sentimental lo que pueda gratificar mis instintos"*.

¿Qué falta? En este planteamiento falta que la vida no es sólo estas tres cosas, que por otra parte son fundamentales, sino que en la vida del hombre hay algo más, sobre todo, una llamada que viene de otra persona. Este es el gran elemento ausente. El joven de hoy culturalmente no está abierto a una concepción de la vida que va más allá de estos elementos para hacerse un planteamiento vocacional. Por lo tanto, piensa su vida sencillamente unida a estas preocupaciones inmediatas, no está conceptualmente dispuesto a pensar que en la vida hay una vocación en el sentido humano, es decir, que hay uno que desde fuera me llama, y que la vida no está ligada simplemente a estos elementos como son las preocupaciones materiales, sentimentales y profesionales desde las cuales se puede establecer el propio futuro. Este es el elemento importante. Y aquí volvemos al tema anterior. En realidad al referirme antes a la necesidad de traducir nuestra espiritualidad, quería decir todo esto: Es necesario encontrar el lenguaje, la forma "agradable" para decir todo esto. Es preciso comprender que si el joven no acepta que haya una llamada del exterior no construye su felicidad. La espiritualidad tiene que llegar a ser para la persona que nos escucha, que nos oye o nos ve, la propuesta de algo que es significativo y condición de felicidad también para ellos. Quiero decir que ser pobre, casto y obediente no es una elección que

hago yo para mi perfección, sino que es una condición de vida también para ti, que te casas. Por lo tanto, significa algo importante también para tu vida, aporta algo que podría hacerte ser más feliz. Se trata de la significatividad y la felicidad. La traducción hay que hacerla según estas dos perspectivas. Entonces la vida religiosa se vuelve atractiva y el joven podrá hacer su planteamiento vocacional al abrirse a otra perspectiva. Nos sirve el ejemplo que escuchábamos antes: *“Dios es la respuesta... pero ¿cuál es la pregunta?”*. *“¿Cuál es la pregunta?”* quiere decir que no siente su necesidad, porque la profesión, la satisfacción afectiva y el bienestar económico es cuanto necesita. Por tanto, es necesaria una riqueza de vida espiritual, que es la que forma parte de nuestros carismas, en orden a hacer comprender a los hombres que hay un elemento ulterior más allá de los otros tres, que es condición de sentido y felicidad para su vida.

IVMA: Entrando en los aspectos más organizativos o estructurales de la pastoral vocacional, a veces el trabajo pastoral por las vocaciones es un campo de batalla de intereses cruzados entre distintas congregaciones o dentro de las diócesis entre clero secular y religiosos. ¿Es posible el trabajo conjunto por las vocaciones? ¿Cuál está siendo su experiencia en Italia?

CENCINI: Este es un aspecto “dolens”, sobre todo donde la carencia vocacional se ha convertido en un verdadero problema, ya sea para las diócesis o para las congregaciones religiosas. Sin embargo, creo que respecto al pasado la situación está mejorando; al menos por lo que veo en Italia. Quizás hay cierta dificultad donde las diócesis todavía son muy ricas vocacionalmente, tienen seminario menor y mayor con un buen número de vocaciones. En estos casos podría decirse: “El hombre en la prosperidad no comprende. Es como el animal que perece”.

A nivel institucional los organismos funcionan conjuntamente. En teoría este tema de la colaboración está orientándose por buen camino, aunque quizás en la práctica todavía no. Es decir, no se ha terminado de comprender que cuando se trabaja por las vocaciones se hace en beneficio de todos. Esto no está todavía del todo claro.

IVMA: En concreto ¿cuál es la realidad de los Centros Diocesanos de Vocaciones (CDV)? ¿Son centros de trabajo conjunto?

CENCINI: En los CDV está siempre presente el religioso y la religiosa. A nivel institucional el problema está bastante bien resuelto, aunque no me atrevo a decir que en la práctica funcione bien siempre. Depende de las personas

que en concreto están allí. Al menos a nivel institucional está garantizada la presencia del religioso y la religiosa en el CDV, más aún en el Centro Nacional de Vocaciones. Podría decirse que la estructura posibilita la comunión.

IVMA: Hoy se habla mucho de la educación en valores. ¿En qué valores sería preciso educar hoy? ¿Qué valores pueden predisponer a la apertura al misterio?

CENCINI: Yo subrayaría un aspecto, sin pretender que sea el más importante en términos absolutos: desde mi pequeña experiencia, creo que una actitud que es como una "conditio sine qua non" para el tema de la apertura al misterio, y por lo tanto para la animación vocacional, es la gratitud. La gratitud en sentido ontológico y psicológico.

La gratitud quiere decir llevar al joven a comprender que la vida no la ha merecido, que no la ha conquistado, que no ha sido fruto de sus esfuerzos, sino que ha habido alguien, Otro, que la ha preferido a la no existencia, y que probablemente no han sido sólo sus padres.

La apertura al misterio puede darse poco a poco desde esta sensibilización al sentido de la gratitud que hoy es muy excaso en muchísimos jóvenes. Los jóvenes de hoy son todos jóvenes que han tenido mucho en la vida, pero sin sufrir particularmente, y más bien desencantados desde este punto de vista. Hay muy poca gratitud en la cultura juvenil, con sus correspondientes consecuencias significativas y muy graves. Esto parece extraño: incluso en nuestro programa de vida cristiana la gratitud no es una gran virtud; hay otras más nobles. Es como la "Cenicenta". Sin embargo, creo que es muy importante formar a la conciencia de haber recibido todo aquello que se tiene y que se es; de haberlo recibido de forma totalmente inmerecida y gratuita. De esta actitud, la gratitud con relación a Dios y a los otros, esperamos que nazca la gratuidad. ¿Por qué la gratuidad no se traduce automáticamente en voluntariado, o sólo lo hace por un tiempo limitado? Yo creo que porque no está suficientemente sostenida por la gratitud. Es decir, la auténtica gratuidad, que significa vocacionalmente "toda mi vida por la vida de los otros", ¿por qué pierde fuerza? Pierde fuerza porque no está sustentada por la actitud que tendría la capacidad de fortalecerla. Es decir, si hay poca gratitud existirá el voluntariado por tres meses. Si existe una gratitud fuerte que pone a la persona de rodillas delante de Dios y le hace comprender el misterio, y cómo en la vida todo lo que tiene y es lo ha recibido, entonces sobre la base de una actitud agradecida podrá hacer un proyecto de gratuidad que abarca toda la vida, que comprende toda la existencia.

La gratuidad es débil donde es débil la gratitud. Por lo tanto, para mí el valor vocacional más actual hoy, sobre el cual se debería insistir más en la

pastoral vocacional sería precisamente la educación para la gratitud, de la cual debería nacer espontáneamente la gratuidad y un proyecto vocacional en la perspectiva de la gratitud.

IVMA: *Usted propone en su libro «Vida consagrada» un itinerario formativo para los candidatos a la vida religiosa ¿hasta qué punto las actuales estructuras formativas favorecen ese proceso?*

CENCINI: Comencemos diciendo que hoy la formación está siendo objeto de una especial atención, pues se ha comprendido, después de ciertas ilusiones y desilusiones postconciliares, que “la renovación de los Institutos religiosos depende principalmente de la formación de sus miembros” (*Potissimum Institutioni*, 1). Creo que podemos decir que en nuestros días el contenido y el modo de la formación han mejorado, al menos en general, con respecto a otros tiempos. Aunque todavía existen algunos problemas, unos antiguos, otros nuevos. Entre los que me parecen más significativos, voy a señalar un par de ellos, de naturaleza estructural.

El primero se refiere a la *formación de los formadores*. Que una persona sea “piadosa” y “buena” no quiere decir que sea también un buen educador; es necesaria una preparación específica para desempeñar este ministerio, que supone una competencia no sólo en el plano espiritual, sino también en el antropológico, e implica un conocimiento no sólo del actuar de Dios, sino también de los miedos, resistencias y defensas del hombre. De hecho ya se están haciendo algunas cosas al respecto y existen en este sentido muy buenas propuestas, incluso en el ámbito de las Universidades Pontificias. Pero en demasiados ambientes todavía no hay ni siquiera conciencia del problema.

Otro límite significativo en la formación actual es la *inconsistencia e indeterminación de la propuesta pedagógica*. Conocemos bien el punto de llegada, los objetivos del proceso formativo, pero no sabemos cómo alcanzarlos. Frente a una gran variedad y abundancia de modelos teológicos para interpretar el sentido de la consagración a Dios, contrasta la pobreza de los procesos pedagógicos. A alguno puede parecerle extraño, pero hoy lo que faltan no son modelos espirituales con sus ricos contenidos teológicos y bíblicos, sino modelos pedagógicos; es la pedagogía el elemento débil de la formación a la vida consagrada. De hecho tenemos muy buenas *Reglas de vida*, pero no buenas *Ratio formationis* (o *institutionis*). Presentamos y describimos bien el carisma, pero cuando se trata de definir la pedagogía, o los modos mediante los cuales aprender a vivirlo en las diversas etapas de la vida, caemos en lo genérico, en lo ya dicho y consabido, sin originalidad alguna. Y esto tiene consecuencias peligrosas para la institución y para el proceso formativo.

IVMA: *Desde su condición de profesor de la Universidad Pontificia Salesiana de Roma, ¿cuáles son los intereses de los religiosos/as jóvenes y de los seminaristas o sacerdotes jóvenes en cuanto a su propia formación? ¿Es suficiente la preparación que tienen y la que reciben?*

CENCINI: Francamente el ambiente de la Universidad Pontificia Salesiana es un punto de observación privilegiado, especialmente por la internacionalidad de los estudiantes. Tengo que decir que la diversidad de los lugares de procedencia hace poco menos que imposible responder unívocamente a esta pregunta: no todos vienen de procesos formativos sólidos y bien contrastados, esto se percibe sobre todo en el nivel de integración entre formación humana y formación espiritual. Pero de todas formas sí que existe un rasgo común a todos los estudiantes: es el interés por un tipo de formación que tome más en consideración al individuo concreto y su lucha como hombre y como creyente que busca "hoy", en estos tiempos tan difíciles, vivir la consagración a Dios. Estos jóvenes estudiantes muestran mucho interés por los temas y contenidos que perciben como significativos para su formación permanente, y quizás sea éste uno de los aspectos que les caracteriza con relación a los estudiantes de otras épocas. Hoy gran parte del material que se propone y enseña en las disciplinas universitarias es para la persona concreta un medio para su formación y no sólo material académico.

Esta sensibilidad se corrobora por el hecho de que cada vez más algunos estudiantes piden dialogar personalmente o incluso un cierto acompañamiento personal. Quizá sea exagerado decir que el profesor, en un contexto universitario, es un auténtico formador, pero sin duda que está cambiando la relación entre profesor y alumno. En todo caso no cabe duda que de un tiempo a esta parte cada vez se acentúa más la conciencia de que la propia formación personal no puede reducirse a los años anteriores a la profesión religiosa o a la ordenación sacerdotal, sino que debe continuar toda la vida.

IVMA: *Uno de sus trabajos más recientes aborda amplia y sistemáticamente el tema del celibato. Desde su perspectiva ¿qué aporta hoy a nuestra sociedad la opción de vida célibe?*

CENCINI: Estoy firmemente convencido que la opción por la vida célibe es y continúa siendo hoy uno de los signos más expresivos y eficaces del misterio de Dios y de su amor trascendente y a la vez cercano a cada hombre. Si algo tenemos que reprocharnos con relación al celibato religioso o sacerdotal es que hasta ahora lo hemos vivido, frecuentemente, desde una perspectiva de perfección privada, como un medio ascético en función de una santidad muy personal, cuando resulta que un proyecto de vida célibe tiene una pro-

funda repercusión social, tiene algo muy importante que decir al mundo, pues refiere inmediatamente a una realidad y a un significado con el que cada ser humano tiene que confrontarse. El célibe por el Reino tiene que saber decir al hombre casado, al novio, al amigo, etc., que en el ser humano hay un espacio que sólo Dios puede ocupar, que una cierta “virginidad” es vivida por todos los hombres, que ser casto... es atractivo; no es sólo algo que nos santifica o funcional para el apostolado, sino que también es algo bello.

¿Hasta qué punto hemos sido o somos capaces de testimoniar esta belleza en un mundo que ha perdido el auténtico significado del amor, de la sexualidad, de la amistad, de la fidelidad?

IVMA: *¿Cuáles son los principales obstáculos que encuentra hoy la persona célibe para vivir su consagración?*

CENCINI: Sobre todo son obstáculos que vienen de atrás, que tienen su origen en la formación del célibe. La experiencia en la atención a sacerdotes y religiosos/as con dificultades afectivas nos descubre con frecuencia la fragilidad de una formación que no ha sabido poner de manifiesto a tiempo las zonas vulnerables de la persona o que prácticamente ha ignorado la dimensión afectivo-sexual del aspirante célibe. Es lógico que los problemas no afrontados en su momento aparezcan antes o después, provocando a veces auténticas y verdaderas crisis.

Otros obstáculos provienen de la actual cultura dominante, que todos respiramos, y que puede dar lugar en la mente y el corazón del célibe a una serie de actitudes que no ayuden a vivir bien el propio celibato. En concreto, existen tres fenómenos típicos de la cultura actual, que constituyen un obstáculo, directo o indirecto, para la virginidad consagrada: la pérdida del deseo y de la capacidad de desear, que lleva a su vez a una pérdida de la capacidad de renuncia; la crisis de la belleza y del sentido estético, que impide experimentar la atracción de las cosas divinas y la felicidad de estar sólo con Dios; la desconfianza narcisista, síndrome típico de nuestros días, que hace a la persona incapaz de reconocer el amor que recibe y de dejarse querer, y todavía más incapaz de darse a sí misma (quien no es capaz de gratitud tampoco podrá darse gratuitamente). Me parece que estas tres realidades, que se infiltran sutilmente en la mente de la persona célibe, impiden vivir adecuadamente la propia consagración, sobre todo cuando la persona no es consciente de ellas.

IVMA: *¿Qué elementos hay que tener en cuenta en el proceso formativo como “irrenunciables” para educar a la vivencia del celibato?*

CENCINI: Desde el punto de vista metodológico, un elemento esencial para la educación al celibato es sin duda el diálogo personal: la formación en este campo exige un acompañamiento absolutamente personal, no simplemente de grupo, pues sólo tal acompañamiento garantiza las condiciones de reserva y confidencialidad que son necesarias para una plena apertura.

Otra condición irrenunciable, por parte institucional, es la competencia del formador; es importante que sepa entrar con delicadeza en la intimidad del joven para conocer sus problemas y dudas, especialmente de los jóvenes que no abordan nunca la problemática afectivo-sexual, o que dicen no tener ninguna dificultad al respecto. El joven que no tiene problemas en esta área, es un problema él mismo. Pero lo que es decisivo es que el formador, además de saber detectar las dificultades sepa señalar un camino a través del cual el aspirante célibe pueda superar cada vez más la inmadurez en el campo afectivo. Conviene recordar que la sexualidad se convierte a veces en caja de resonancia de problemas que tienen su origen en otro lugar, o que las debilidades sexuales (masturbación, tendencias homosexuales, etc.) no son siempre de naturaleza sexual, sino que pueden ser la consecuencia de dificultades en otras dimensiones de la personalidad. Es importante saberlas individuar, porque sólo interviniendo sobre éstas se resuelve también el problema sexual.

Por lo que respecta al joven, creo que un aspecto irrenunciable en la educación para el celibato es la libertad afectiva. La opción celibataria sólo es auténtica si se lleva a cabo desde un corazón libre. La libertad afectiva se construye sobre la roca de dos certezas: la certeza de haber sido amado, y la certeza consiguiente de deber y saber amar. Sólo quien tiene estas dos certezas puede adentrarse en la aventura del celibato. Es vivir la libertad afectiva como capacidad de amar cada vez más su vocación y según su vocación, según el estilo propio de ella. Todo el proceso formativo debería llevar a la conquista progresiva de este preciado bien, sin el cual sería muy difícil y arriesgado hacer una elección por el celibato.